

El llanto de un árbol.

Anónimo

Image not found.

Capítulo 1

Gruesotallo Ramafina era un silencioso y tranquilo olmo que llevaba erguido en el mismo lugar desde antes de que el tiempo contase. Conocía las distintas voces con las que susurraba la brisa, según de donde viniese, o el modo en que ésta gritaba cuando, enojada, adoptaba la invisible forma del viento. Sabía cuándo el cielo se hallaba o no enfadado por la forma y el color de las nubes y la violencia con que caía la lluvia. Y no escapaba a su entender cómo todas esas cosas afectaban el día a día del resto de seres vivos con los que convivía en el bosque, a quienes respetaba por el mero hecho de, a su vez, sentirse respetado por ellos.

Un buen día aconteció algo que, lamentablemente, alteró esa sensación de bueno a malo para el resto de la jornada. Un ser estirado que caminaba sobre dos finas y largas patas y que, incomprensiblemente, escondía su desnudez bajo unas extrañas prendas cuyo origen era mejor desconocer, se acercó a su firme tronco y, entre las formidables raíces, que ascendían luego de haber descendido inicialmente, rompiendo la tierra, y, por último, volvían a hundirse hacia las profundidades, clavó un alargada vara a golpe de maza. En el extremo más elevado de la misma, con ayuda de un fino cordel, anudó una tela de muchos colores con un curioso dibujo en el centro que tenía todo el aspecto de representar algo de importancia. El hombre dio un paso atrás y, satisfecho, dedicó lo que Gruesotallo pensó que debía ser un sobrio saludo a esa peculiar insignia a la que llamó bandera.

Un minuto después, habiendo tarareado el extraño individuo, mientras permaneciera inmóvil, una singular melodía, se acercó éste al confuso árbol y vació con desprecio el contenido de su vejiga contra el tronco, en la parte que miraba hacia el lado opuesto del que ocupaba.

Una vez hubo acabado, se giró sobre sus talones y se marchó por dónde había venido sin mostrar el menor interés por el bello entorno que le rodeaba.

Y así, de ese modo, un recién llegado decidió separar lo que llevaba centenares de años estando unido formando una misma cosa. Habían nacido las fronteras, y, sin saberlo, el mismo olmo estaba dividido en dos regiones por más que se sintiese un único ser.

Con el paso de los años, aquellos seres comenzaron a visitarlo con más frecuencia, empuñando astas afiladas y mostrando rostros agresivos. Vigilantes, miraban más allá de la frontera, y por ellos supo que habían cambiado su nombre. Ya no era Gruesotallo Ramafina, sino el árbol de la linde. Y el modo en que sonó aquello no gustó en absoluto al viejo olmo,

que empezó a sentirse desgraciado desde entonces.

De buena gana se hubiese desenraizado y marchado a otro lugar, lejos de fronteras y torvas miradas.

No pasó mucho antes de que llegase gente desde el otro lado, un gran número, una horda, y se enzarzaran en una cruenta lucha con los otros, que, orgullosos, afirmaban ser señores de aquellos parajes.

"¡Señores! ¡Dueños! ¡Dueños de qué!", se dijo el olmo horrorizado.

Una ingente multitud murió a los pies del árbol aquel día.

Triste por tanta violencia para él incomprensible, el árbol dejó caer sus primaverales hojas en un llanto inconsolable, quedando sus ramas desnudas para siempre.

Hoy, habiendo pasado mucho tiempo, aquel árbol ya no existe. Y la bandera que delimitase la frontera fue sustituida por una alambrada que hiere a quien a ella se arrima y que mucha sangre ha visto derramar en sus proximidades.

Así rige el hombre sus dominios en ocasiones. Mas al final de este cuento, que está lejos de su poder, la hierba y los matorrales se estremecen. Y sus raíces agitan mientras una animada brisa los incita a entregarse a una danza que vaticina cambios inimaginables.

Imagen tomada

de <https://i.pinimg.com/736x/97/f1/cc/97f1cc980d3f8c7687c263d53a8d2429-fantasy-landscape-digital-paintings.jpg>